

Tabernas y sidrerías

Con la venida de los buenos tiempos, parece que la sidrería, el popular "sagardotoki", vuelve a resurgir. Con el ardor y la alegría de quien va a pasar una tarde entretenida, los caminos que trepan ondulantes colinas arriba, alejándose del casco urbano de la población, ven pasar nutridos grupos heterogéneos, entre los cuales hay desde los que van en mangas de camisa expandiendo por los aires sus voces estentóreas, hasta los de porte comedido, zapato y corbata, sin faltar las típicas familias con su prole bullente y preguntona que mosconeas alrededor del clásico capazo platórico de odoríficos efluvios a "cashuelita".

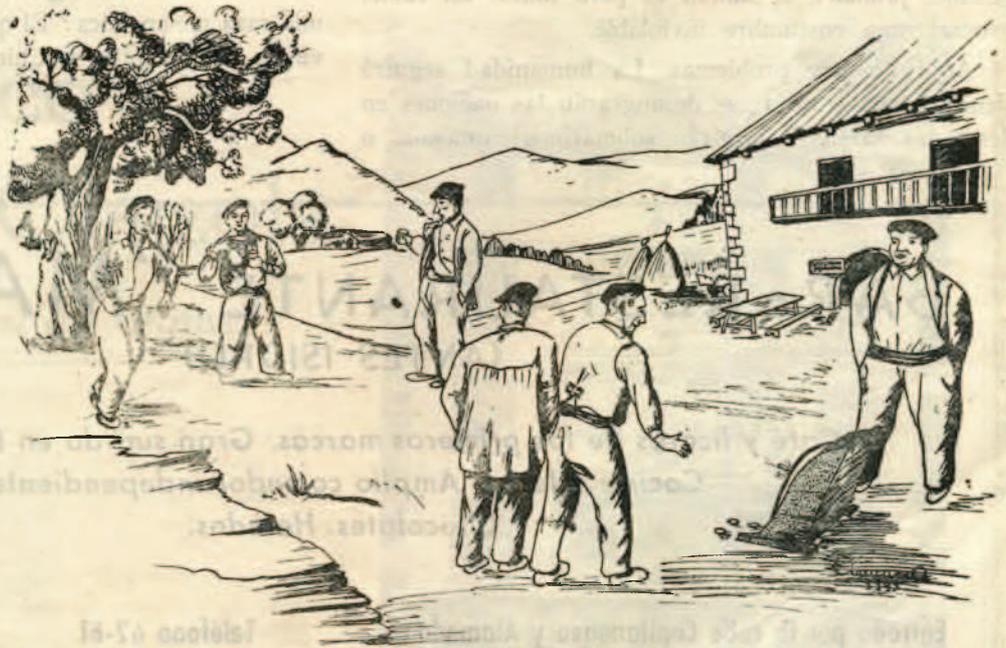
Ciertos espíritus objetivos observan encantados este renacimiento de las sidrerías que tiende a desvirtuar el valor de la "tasca" como centro de la vida popular renteriana. Ya es muy antigua la afirmación de que el industrialismo engendra el alcoholismo; pero, para mí, siempre amante de la idiosincrasia de mi pueblo, esta afirmación no ha tenido valor en Rentería, donde los varones, lamentablemente, no tendrán amor a las bibliotecas, pero tienen el sentido nato de su propia estimación, lo cual ya es algo, si bien caben, como es natural, las inevitables excepciones. ¿Por qué, pues, tienen tanto auge las tabernas y los bares?

¡Oh, ésta es una cuestión aparte! ¿Qué diversiones, qué entretenimientos hay en Rentería que puedan apartar al masculino elemento del mostrador del bar? Desgraciadamente, bien pocos, y esta realidad, acompañada de las cualidades climáticas de nuestro pueblo, hace de las expendedorías de bebidas los centros de toda la vida popular, no tanto por ser tales como por ser los únicos establecimientos donde se puede charlar a placer y hacer que las tediosas horas se deslicen raudas entre las espirales de humo del tabaco. Y ahora surge otro "por-

qué". ¿Cuál es el motivo de que aquellos espíritus citados se alegren por el resurgir de las sidrerías, si las tabernas son sólo meros pasatiempos?

La cosa es bastante compleja. Para definirla se necesitaría filosofar profundamente. Mas sin ir tan lejos, puedo aducir que, mientras las tabernas son algo exótico en el ambiente vasco, las sidrerías son todo lo contrario, o sea, que son el más genuino de los establecimientos públicos del país. Pero no es esto todo. El vino, tinto o claro, igual da, tiene la virtud de poseer cualidades muy apropiadas para los enamorados en bancarrota, para los fracasados de la vida, para los naufragos de ilusiones, ya que enturbia las ideas y hace confusos los pesares e incluso los borra ante la más práctica objetividad de imponer al bebedor frecuentemente la búsqueda a toda prisa de un lugar excusado o de una "brújula" que le ayude a enderezar sus rumbos. De la reacción, no hablemos. ¡Asé buruko miñá, amá!

Claro que en quien busca charlar y pasar el rato, el vino no llega a ocasionar tan acusados efectos; pero aun a éstos siempre da una viveza a la lengua, una clarividencia a las ideas y un ardor al corazón, que los problemas que estremecen a este viejo mundo carcomido, tienen fácil solución para ellos; los problemas



PEDRO CAREAGA

TALLERES DE FORJA
Y ESTAMPACION

Barrio Pontica

RENTERIA

Teléfono 60-54

políticos y sociales no son tales en la taberna; la estrategia de porrón se ríe de la de Nimitz y Montgomery, los cuales son unos parvulillos que admirarían atónitos cómo una mancha de vino en la marmórea y vetuada superficie de una mesa de bar, se convierte en una serie de ejércitos acorazados dotados de tan mágico poder que si forman tenaza no hay quien escape de su presión y, si cuña, rompen hasta la hilación de las ideas de los improvisados estrategas.

Como se ve, el vino, el ambiente de taberna, va bien a los melancólicos, a los pensadores, a los embuidos en las graves ideas de la guerra y para aquellos que estiman que vivimos en un mundo asqueroso que no merece la pena de ser observado a la luz diáfana de una mañana de primavera o de una tarde de verano y, sobre todo, para los particularistas. ¿Hay nadie más particularista que un asiduo al "bar"?

Entra éste en el establecimiento y tiene su mesa preferida y sus dos o tres amigos exclusivos. Para pocos hay un saludo, para nadie una invitación. Si la mesa está ocupada, una ojeada alrededor en busca de otra vacía. El ajuar de una taberna corriente obedece a este carácter del sempiterno tabernario; se compone de sillas individuales y mesas pequeñas, para cuatro a lo sumo. En éstas se encastilla con aire de conspirador y se sumerge en conversaciones con sordina. El porrón, sólo ve cuatro manos en el rito pagano de circular en torno a la mesa. ¡Cuán diferente esta estampa con la de la sidrería!

Esta es el templo de los caracteres eufóricos. La mesa alargada, enorme; los bancos, proporcionados. No hay sillas individuales. Todo es común, general. ¡Casho, jaunak!, el saludo es para todos. La ronda general, una costumbre inviolable.

Aquí no hay problemas. La humanidad seguirá siendo buena o mala; se desangrarán las naciones en desatadas batallas; surgirán submarinos fantasmas o

"V" mortíferas; volará "hecho migas" hasta el último muro de Tokio y la Escuadra yanqui trazará singlaturas gloriosas en el lejano Pacífico; pero a la sidrería estos sucesos no llegarán si no es en comentario banal, pronto olvidado ante el tintinear de la "toca", el estrépito de los bolos al caer o el "órdago" tonante de un mus, que a su vez dejan paso a los sostenidos bemoles de un "Boga, boga" o de un "Agur, jaunak" que surja de entre las incommovibles cupelas; afinados por la "salsha" de un guiso maravilloso y acompañados por el penetrante olor de un chicharro asado que servirán, magníficamente, para que templen sus voces los componentes del improvisado e insustituible orfeón, más o menos armónico.

Sí, la sidrería es mejor que la "tasca", más común, además, a todas las clases sociales. No hay sidrerías de lujo que se reserven el derecho de admisión, como hay bares exclusivos para los afortunados. No buscan, como las tabernas del pueblo, las calles escondidas y oscuras, puesto que cuando más escondida y oscura es mayor la "parroquia", sino que salen de las sombras de las edificaciones urbanas para asomarse al campo en antítesis completa de aquéllas. La sidrería, cuando más campo y luz, más concurrida está, pues la sidra está mejor frente a los campos verdes y al cielo pálido o azul con las violáceas masas del Jaizquíbel, del Blandiz o de las Peñas enfrente, como recortado límite entre ambos.

Son tardes de campo las auténticas tardes de sidrería y el oxígeno, junto al dorado líquido, no puede menos que producir esas maravillosas sinfonías que, a la vuelta, estremecen de nostalgia a los seculares árboles del camino. ¿Quién dijo que la raza vasca era una raza melancólica? El que tal afirmó no se dió una vuelta por Chipitos o Chiqui-erdi...

M. ARACAMA.

BAR-RESTAURANTE "MAITE"

(ANTES ISIDRO)

Café y licores de las primeras marcas. Gran surtido en bocadillos.

Cocina selecta. Amplio comedor independiente.

Chocolates. Helados.

Entrada por la calle Capitanenea y Alameda

Teléfono 62-81

RENTERIA

ESPECIALIDADES

FARMACEUTICAS

E INDUSTRIALES

LABORATORIO B. C.

MARCA REGISTRADA B. C.

Teléfono 62-74

RENTERIA